

comun el Salmo XC. *Qui habitat.* Al mismo tiempo les recomendó que imitasen el ejemplo del Divino Redentor, que clavado en la cruz no pidió venganza para sus enemigos y perseguidores, sino que rogó á su Eterno Padre que perdonase á los mismos que lo habian crucificado. A los mas pusilánimes, que á los golpes de una tempestad semejante temian algun naufragio, les dijo terminantemente, que si hubiesen echado el ancla de su esperanza en Dios, en vez de ruina habrian previsto mayor aumento y gloria del instituto.

Lo que ordenó á los otros con la voz, no dejó de ejecutarlo por sí mismo, porque al defender la causa de su congregacion y el buen nombre de ella, tan necesario á quien se emplea en procurar el bien espiritual de los prójimos, jamas hizo mérito alguno de las mentiras, ni de la petulancia y mala índole de sus adversarios, sino que con cristiana y no comun moderacion puso el mayor estudio en no producir mas que las razones propias para demostrar su inocencia. De este modo, reconocida ésta por los jueces, obtuvo una completa y gloriosa victoria, sin embargo de todos los trámites y rodeos usados, y de los recursos puestos en práctica por sus contrarios: usando en tan feliz acontecimiento de la misma igualdad de espíritu y moderacion de ánimo que acostumbraba en los

sinistros, no hizo mas que dar con todos sus compañeros las mas encarecidas gracias al Altísimo; y despues mirando con ojo benigno á sus adversarios como á sus mas caros amigos, no sólo procuró ayudarlos y beneficiarlos, sino que además hizo que fuesen socorridos tambien por otros. Esta conducta tan edificante observada por Alfonso y sus colegas en tan funesto encuentro, escitó la admiracion de todos y les concilió el amor y la estimacion, no solo del pueblo bajo, sino de las personas nobles y de los ministros reales; de manera que los golpes dirigidos á abatir la congregacion, no sirvieron mas que para afirmarla y consolidarla, y para hacer difundir mucho mas el buen olor de Cristo que esparcian Alfonso y todos sus compañeros.

CAPITULO VIII.

Conducta de San Alfonso para su propia santificación.

Si Alfonso habia procurado siempre andar por el camino de la perfeccion, mucho mas se esmeró en recorrerlo cuando se vió obligado por los votos y las reglas de su instituto. La pobreza que habia sido una de sus virtudes mas favoritas, desde el momento en

que se inscribió en la milicia eclesiástica, ¡oh y cuánto mas cara se le hizo ahora! Ya no quiso ser solo pobre de espíritu, teniendo desprendidos todos sus afectos de los bienes y comodidades terrenas, como debe serlo todo verdadero secuaz del evangelio, sino que quiso serlo tambien de hecho, para hacerse aun mas semejante al Hijo de Dios, que viviendo siempre pobre en este mundo, murió por fin desnudo en una cruz. Si se veia su habitacion era siempre la mas pequeña é incómoda, la peor de todas, escogida expresamente por él: en la casa de Ciorani donde al principio de la fundacion no habia aposentos suficientes, sobrè todo, en tiempo de los ejercicios espirituales, él, aunque superior, quiso permanecer en un estrechísimo cuartito, forrado de tablas, que habia debajo de una escalera de madera por donde se subia al corredor de arriba. Si despues se observaban los muebles, no se veian allí mas que dos ó tres sillas viejas de paja, llenas por lo comun de libros, una camita con tablas toscas y bancos de madera con solo un sacco de paja, una mesita tambien muy chica, con papeles encima, una lámpara de barro, muy ordinaria, y un Crucifijo de madera pintado, con algunas estampas de María Santísima y de otros santos, pegadas á la pared. Pero aun era mayor la pobreza que respiraba en todo su traje: llevaba siempre una sotana no

solo vieja y muy usada, sino rota, con muchos remiendos y por lo regular desechada por algun otro, un toscó capote descolorido y lleno de hilos, zapatos siempre llenos de piezas con botones de cuero, y un sombrero enteramente conforme al resto del vestido.

Habiendo dado un dia una sotana llena de rasgones y de piezas y muy sucia al hermano lego para que se la compusiese algun tanto, no habiendo podido éste ejecutarlo porque se le hacia pedazos, la puso en manos de un sastre, que viendo que tampoco él podia lograrlo, acabó de destrozarla y le llevó otra, vieja, sí, pero mejor: luego que la vió Alfonso, dijo al hermano: *¿Y la que os dí, dónde está?* Y habiéndole respondido que el sastre habia acabado de romperla, replicó él: *os entiendo.* Ni se necesitaba menos para hacerlo mudar de sotana, ó de chaqueta interior; porque cuando por pura necesidad se le hacia una con algo nuevo, si al principio la tomaba con el pretesto de que solo las mangas eran nuevas, luego que recapitaba volvia á ponerse la vieja, diciendo, que todavía podia servir por otro poco de tiempo y que lo abrigaba mas.

Vestido como estaba tan destrozado y pobre que daba compasion solo verlo, andaba no solo por las ciudades del reino y por Nápoles, sino que aun iba á visitar personas de respeto, príncipes, obispos y car-

denales. Habiendo sido llamado una vez en Nápoles, como primogénito de la familia de Liguori, para la agregacion de un nuevo caballero á su silla de Puerta nueva, fué con trage tan roto y tan lleno de remiendos, que viéndolo el portero tan mal puesto, no lo reconoció por lo que era, y no quiso dejarlo entrar; pero reconocido por un caballero, fué recibido con honor, y tan destrozado como estaba se sentó en medio de aquella noble concurrencia para dar tambien su voto al novel caballero. Habiendo tenido ocasion de verlo Monseñor D. Trojano Caruciolo, obispo de Nola, quedó sorprendido al encontrarlo tan andrajoso, y habiendo ido un dia á visitarlo el padre D. Andrés Villani, no pudo menos que decirle: *Vos en cierto modo podeis pasar; pero el padre D. Alfonso lleva un rollo de hilo encima y piezas sobre piezas.* Así tambien cuando Monseñor Rossi, arzobispo de Salerno, vió á Alfonso en Vietri al ir éste á las misiones de Amalfi, se sorprendió al verlo vestido tan pobremente, y le dijo: *¡Oh padre D. Alfonso mio, dichoso vos que la habeis acertado, y no que yo temo perderme!*

De este mismo amor á la pobreza tan radicado en el corazon de Alfonso, dimanaba el cuidado con que guardaba todos los sobrescritos de las cartas que recibia, á fin de servirse de ello para sus composiciones ó para otros usos cualesquiera. Despues, cuando pu-

blicaba sus obras, de las que habria podido sacar mucho dinero, por el grande espendio que tenian por todas partes, no hacia imprimir mas que el número de ejemplares suficiente para pagar la impresion, dejando toda la utilidad á los impresores, porque al publicar aquellas no se proponia su propio interés, sino la gloria de Dios y el bien de las almas. Por otra parte, el dinero que le correspondia por el colegio doctoral de Nápoles, ó por la agregacion de algun nuevo caballero á su silla de Puerta nueva, ó por la asignacion que le habia dejado su padre al morir, ó por cualquiera otra cosa, lo empleaba todo en beneficio de la congregacion, y con tal desprendimiento, que lo dejaba administrar por el rector de la casa, ó por el ministro, ó por cualquiera otra persona que estuviese destinada á ello, segun las reglas de la misma congregacion, sin querer saber ni aun la cantidad que se versaba, aunque era el rector mayor, y aunque el simple voto de pobreza no haga á las personas incapaces de la propiedad de sus bienes. ¿Pero qué mas? Nunca hacia uso de alguna cosa necesaria, sin haber pedido antes licencia al rector ó ministro de la casa, y ademas aquellas mismas cosas que se le concedian para su uso, no las empleaba sino conforme se le habian acordado: de aquí es que fuera de la mesa no tomaba ni siquiera un trago de agua sin pedir an-

tes permiso al superior, y en su defecto á cualquiera otro sacerdote ó á un hermano lego, á pesar de hallarse con el carácter de rector mayor.

Si Alfonso se mostraba tan rígido observador de la pobreza evangélica, que reputaba y establecía como la base fundamental en que debía apoyarse y erigirse todo el edificio de su congregacion; no lo era menos en todas las otras reglas y observancias, aun las mas pequeñas. Baste decir que siempre era el primero en concurrir al coro y á todos los otros actos comunes, y que á la primera señal que se daba de silencio quitaba las manos del piano, si acaso lo estaba tocando á la hora de la recreacion, y no solo cortaba toda conversacion, sino que aun dejaba las palabras interrumpidas, de manera que muy justamente era considerado como un modelo perfecto de la observancia regular.

Añádase á todo esto la vida mortificada y penitente que llevaba por todas partes, la que una vez emprendida á su ingreso en la milicia eclesiástica, no solo la continuó, sino que la aumentó desmedidamente cuando se vió fundador y superior de la nueva congregacion. Su alimento era siempre bastante ordinario y escaso, contentándose por lo regular con solo la sopa y el pan, y cuando mas, con una piecesita de fruta, con tal que no fuese de las primeras que nun-

ca comia, ni fuese en alguno de los tres dias de la semana, miércoles, viernes y sábado, en los que no la comia de ninguna clase. Además, este alimento lo tomaba muy á menudo hallándose en refectorio público ó de rodillas ó tendido en el suelo y rodeado de una multitud de gatos, y todavía lo sazónaba con yerbas amarguísimas con el pretesto de que le aprovechaban para el estómago, en términos que si dejaba algo, ni aun los gatos lo querian. Los sábados, y en las vigalias de la Virgen, no se alimentaba mas que con pan y agua, que tambien era su bebida ordinaria, á no ser cuando bebia un dedito de vino al fin de la mesa: era tan poco lo que dormia, que jamas pasaba de cinco horas entre noche y dia, y eso sobre dos tablas con un saco lleno de paja, que por lo duro parecia una roca, y con una piedra atada y pendiente de sus piés. Sufria con heroica paciencia los rigores de las estaciones, pues en los mas escesivos calores se abstenia de beber una poca de agua para apagar su sed; no se lavaba la cara con agua fresca, sino que como en cualquiera otro tiempo, se estregaba la frente y los ojos con una toalla mojada, y no acercándose jamas al fuego en el mas crudo invierno, se entiesaba tanto con el frio, que no podia ni mover las manos para escribir, por lo que, para no interrumpir su ocupacion, hacia calentar un fierro

cón que calentarse algo las manos. Desde la edad de treinta y seis años hasta su muerte no dejó que ningún barbero le pusiese las manos en la cabeza ni en la barba, sino que él mismo se cortaba el cabello y las barbas con las tijeras, y con las mismas hacía que el hermano lego le hiciese la corona clerical, y solo tres ocasiones en todo este tiempo se hizo hacer la barba con navaja, una vez que estando de misión en Sarno se lo mandó espresamente el obispo de all Monseñor de Novellis, otra cuando fué á consagrarse obispo á Roma, y la tercera cuando ya obispo tuvo que asistir á la mesa del monarca reinante de las dos Sicilias Fernando IV.

Ya en otra parte hemos hablado de los ásperos tormentos que usaba continuamente Alfonso con su cuerpo empleando para ello cilicios, cadenillas de fierro, banditas de cerdas de camello y otros horrosos instrumentos que inventaba para crucificar su carne, y particularmente con las disciplinas que frecuentemente hacía hasta de sangre: así es que solo añadiremos que continuó este mismo método en sus penitencias aun con mayor aspereza, y que además de las disciplinas comunes prescritas por las reglas de su congregacion, hacía disciplina de sangre casi todos los días y con mas ahínco los sábados, de modo que las paredes y los libros quedaban llenos de sangre; ade-

mas, para conservar ocultos estos rigores, los hacía ó por la mañana antes que se levantasen sus compañeros, ó bien por la noche despues de hecha la señal del reposó, sin omilir sus diligencias de costumbre para hacer desaparecer por cuantos modos podia, las manchas sanguíneas que quedaban aquí y allí por el aposento.

No era raro que se diese golpes tan repetidos y tan fuertes que lo dejasen casi imposibilitado de andar. Habiendo subido una vez al techo de la casa de San Miguel de los Paganos se disciplinó con tal ímpetu y ardor, que lo fueron á encontrar empapado en sangre y sin poder casi moverse, por haberse lastimado un nervio del muslo, en términos que lo obligó á estar sentado por un mes aun al tiempo de la oracion en el coro, y que lo dejó algo cojo para todo el resto de su vida. El motivo de tan cruel maltrato fué una visita que le hizo el cardenal Orsini, el que le dijo que habia ido allí espresamente para verlo. Sintiendo quizá Alfonso ó bien temiendo que se pudiese despertar en él algun movimiento de vanagloria, una de las pasiones mas difíciles de conocerse y de vencerse, y por esto tan temida de los santos, quiso reprimir de este modo cualquier especie de asalto con que lo quisiese acometer, y domarla y tenerla siempre mas y mas sujeta.

Pero tanto cuanto severo y rígido era Alfonso con su cuerpo, tratándolo como un vil jumento, á fin de que no se rebelase contra el espíritu, otro tanto y aun más liberal y pródigo era con su alma, usando de toda clase de medios para alimentarla y nutrir la mas y mas, particularmente con la oracion, que no solo es el canal eficaz para obtener las gracias y los favores celestiales, sino también el alimento con que el alma se nutre y vive, del mismo modo que el alimento material da la vida y nutre al cuerpo. Ahora, si se considera atentamente todo el tenor de vida de nuestro santo en su congregacion, se verá claramente que si no ejercitaba las otras virtudes, ni podian serlo en todo tiempo, ni en toda accion ó lugar; por el contrario, el espíritu de la oracion podia decirse muy bien que no sufría vicisitud alguna y que por consiguiente su oracion era continua y jamás interrumpida. En efecto, no contento con la meditacion que muy de mañana tenia con sus colegas, empleaba de mas en este ejercicio otras muchas horas, no solo del dia, sino aun de la noche, robadas al descanso necesario. El asunto mas ordinario y el que elegia de preferencia para estas meditaciones, eran los crueles malos tratos y padecimientos que sufrió el Divino Redentor por los pecados y por la salud de los hombres, y la dolorosa é infame muerte que con tanta mansedumbre

sufrió en el árbol santo de la cruz. Y al meditar todas estas penas y angustias de nuestro Salvador, quedaba tan penetrado de los mas vivos sentimientos y afectos de compasion hácia su amor crucificado, que no pudiendo resistir se deshacia en copiosas lágrimas.

Cuando Alfonso oraba, se le veía tan inmóvil que parecia una verdadera estatua y prorumpia de cuando en cuando sin advertirlo, en dulces y afectuosas aspiraciones hácia su Dios. Hallándose en oracion, se le vió muchas veces temblar de los piés á la cabeza, otras encenderse su rostro como una lumbre, y á menudo elevarse á muchos palmos del suelo y permanecer así por algun tiempo elevado en el aire en suave y estática contemplacion: tan grande era la vehemencia del amor divino en que llegaba á encenderse.

Si por acaso se veía obligado á interrumpir ó dejar sus meditaciones para ocuparse de otras cosas necesarias y dirigirlas al servicio del prójimo, no por esto se podia decir que cesaba su oracion, porque no solo andaba siempre en la presencia de Dios y dirigia á su gloria todas sus acciones, sino que hacia frecuentes aspiraciones, oraciones, jaculatorias y elevaciones de mente y de corazon al Sumo Bien; práctica tan fácil de ejecutarse por cualquiera por ocupado que sea, como utilísima para conservar la vigilancia cristiana y para nutrir y mantener el espíritu de ora-

cion y de union con Dios. Jamas emprendia cosa alguna, por mínima que fuese, sin recurrir antes á la oracion para pedir á Dios la ayuda y los auxilios necesarios para emprenderla y obtener un éxito feliz, siempre que así fuese de su agrado y para su gloria; y como conocia muy bien la necesidad y la eficacia de la oracion para alcanzar de Dios todos los auxilios espirituales de que necesita cada uno para operar su eterna salud, no dejaba de proponerla é inculcarla, tanto á sus discípulos como á todos los que iban á consultarle y á tratar de los negocios de su conciencia; y era tal su empeño en inducirlos á practicarla, que para conseguirlo aun respecto de todos sus prójimos, dió á luz una obra titulada: *Tratado de la necesidad de la oracion*; y otra, *Del gran medio de la oracion*: obras tan cortas como útiles, y dignas de ser leidas por los muchos que con falsos pretestos se eximen de un formal precepto del evangelio, cual es ciertamente el de orar, y orar constantemente.

De aquí se puede colegir con qué recogimiento y fervor rezaria Alfonso las horas canónicas y celebraria los sacrosantos misterios. Rezaba el oficio divino con tanta atencion, devocion y distincion, que profundizándose en los sentimientos de los Salmos, se detenia de cuando en cuando en algunos de sus versículos en que se sentia mas conmovido y alzaba los

ojos al cielo; y ademas por eso compuso la *Traduccion de los Salmos y de los Cánticos*. En cuanto al sacrificio del altar, que es la accion mas sublime y santa de nuestra religion, ademas de una muy larga y fervorosa preparacion y de una igual accion de gracias al tratar mano á mano con su Señor á quien habia recibido dentro de sí, lo celebraba con tal compostura, devocion y fervor, que servia de edificacion á los asistentes y los movia á copiosas lágrimas de ternura: de manera que muy bien se podia decir de él lo que se halla escrito de San Pedro de Alcántara, esto es, que producía mas fruto la misa que celebraba con tanta devocion, que todos los sermones de los predicadores de la provincia en que vivia. Y como uno de sus mas vivos deseos era que todos los sacerdotes cumpliesen como conviene, la obligacion del rezo cotidiano de las horas canónicas, y mucho mas que se acercasen al sagrado altar á ofrecer á Dios la víctima inmaculada del Cordero divino, con aquellas disposiciones, devocion y compostura que para estos actos necesariamente se requieren, compuso los dos opúsculos: *El Oficio*, y *la Misa mal tratada*, añadiéndoles la esplicacion de las ceremonias que se han de practicar y los actos de preparacion y de hacimiento de gracias, manifestando ser reos de no muy leve culpa los que descuidan de poner la diligencia, atencion

y reposo necesarios en unas acciones de tanta consideracion.

Con este tenor de vida practicado por Alfonso en su congregacion, no solo no hay duda en que corria á grandes pasos, sino que se veia ya muy próximo al mas alto grado de la perfeccion cristiana. No obstante esto, para asegurarse mas en la carrera emprendida y conducir su designio á un término mas espedito y feliz, hizo en este tiempo el voto de no estar jamas ocioso; voto, como fácilmente se concibe, bastante árduo y difícil de observarse plenamente: porque si otros muchos votos obligan á algunos actos determinados y solo en ciertos tiempos, éste, por el contrario, obliga en cada acto y en todos momentos. Por lo demás, si Alfonso lo hizo, lo supo bien y aun con toda diligencia y escrupulosidad observar hasta la muerte. El nunca habia sido uno de tantos que andan buscando esquisitamente el peor modo de pasar el tiempo para huir del fastidio, y á los que con mucha razon y muy á menudo se les puede decir: *¿Para qué estais aquí todo el día ociosos?* Siempre habia aborrecido la ociosidad como el enemigo mas capital y peligroso de una vida verdaderamente cristiana, y con esto habia procurado que todos sus días fuesen días llenos y colmados de buenas obras para gloria de Dios y provecho de su alma y de las de sus

prójimos; pero una vez hecho el voto y contraida una obligacion mas estrecha con su Dios, se le vió aun mas solícito y atento á no dejar pasar ni el mas leve instante sin estar santamente ocupado. Todo el tiempo que podia quedarle libre despues de la oración y de los otros actos comunes, ó de atender al bien espiritual de las almas, lo empleaba ó en sus particulares oraciones y prácticas devotas, ó bien en estudiar materias eclesiásticas y componer obras de comun provecho, sin tomar jamas la corta distraccion y descanso de salir de casa con alguno de sus compañeros á pasear por la ciudad ó por el campo en los días establecidos por las reglas. Nunca queria oir hablar de cosas ni aun indiferentes, y amante como era del profundo silencio, jamas lo interrumpia sino para hablar de cosas de Dios y de edificacion para los demás. Si recibia alguna visita de puro cumplimiento, se des- embarazaba presto de ella, diciendo con su buen modo y jovialidad que no podia perder tiempo. Cuando tocaba el piano, como solia hacerlo en el tiempo de la recreacion comun para desahogo particularmente de sus novicios, cantaba al mismo tiempo alguna cancioncilla espiritual, por lo comun, de las que habia compnesto en honor de Jesus ó de María, con lo que encendia en el ánimo de todos un vivo deseo de crecer en el amor de ambos, haciendo de este modo que

todos saliesen aun mas recogidos de la recreacion que de la misma oracion mental. Estos y otros semejantes eran sus ardidess espirituales, para poder siempre y de todas las acciones sacar provecho para sí y para los demas.

CAPITULO IX.

Gobierno de San Alfonso como rector mayor de su congregacion.

No hay duda en que el que manda debe preceder á los demas con el ejemplo, pues que faltando esto, la sola voz jamas podrá tener la fuerza y estímulos suficientes para obtener de los súbditos la necesaria obediencia y conducirlos á una plena observancia de las leyes. Obligado Alfonso, y mas bien forzado por sus compañeros á aceptar la carga de rector mayor, esto es, de superior general de toda la nueva congregacion, no tenia ciertamente necesidad de procurar la perfeccion en su conducta: ya entonces era un perfecto ejemplar de todas las virtudes y principalmente de la observancia de las reglas; de manera que nadie pudo jamas notar en él el mas mínimo defecto en ese particular, ni aun en los mas duros lances en que muy á menudo se halló. Sin embargo, temiendo no

dar todavía á sus compañeros todo aquel buen ejemplo y toda aquella edificacion que debia, era mas que nunca solícito en ser el primero á todos los actos comunes y en precederlos á todos en la exacta práctica de las mas pequeñas reglas de su instituto. Ademas, obedecia ciegamente no solo á todos sus directores, sino hasta á los hermanos legos, y huia al mismo tiempo con toda diligencia toda especie de preeminencias y honores, buscando y queriendo tener siempre el último lugar y ser reputado inferior á todos para estar mas inmediato á Jesucristo, que escogió para sí el último lugar y quiso ser considerado el último de los hombres. De aquí es que si por acaso ocurría como muchas veces sucedió, que los que servian la mesa no tuviesen cuidado de llevarle lo preciso, no solo no lo solicitaba, sino que se levantaba muy contento al verse tan olvidado y falto aun de lo necesario á la vida. Por otra parte, una vez fuera de la mesa, no dejaba de advertir con dulzura á los criados su descuido, para que tuviesen mas cuidado, no ya por él, sino respecto de los demas, para que no los dejasen carecer del alimento necesario, pues como superior le tocaba amonestarlos por su falta de cuidado é impedir todo motivo de justa queja: de manera que no solo rehusaba que le hiciesen ningun servicio, bariendo él mismo su aposento, haciéndose la cama y